*“Señores clientes, les avisamos que ya está disponible el check-in para los pasajeros del vuelo 1032 con destino a la Ciudad de Buenos Aires. Pueden ahora mismo dirigirse a la Sala de Espera para iniciar el embarco.”*

Ni me había percatado de que el tono había sonado antes de aquel mensaje, por lo que la voz me interrumpió alguna idea vacía, onírica, sacudiéndome con pereza para que continuara mi merodeo.

 Si, merodeo. Porque camino como autómata, sin voluntad. Porque no recuerdo que motiva mi andar. Ya no sé porque, ya no sé ni siquiera en que pienso, si es que pienso algo. Es como un sueño, y esos fragmentos de consciencia me mueven dormido, cabizbajo, paso a paso recorriendo los impecables salones del aeropuerto, arrastrando la valija a mi espalda, el eterno sonido de las rueditas contra la cerámica de las baldosas, constante, traqueteando y mezclándose con otros iguales.

Me cruzo otras personas, en el trayecto. Formamos líneas invisibles con nuestros equipajes, trayectos similares que nunca chocan. A algunas no las he visto nunca, pero otros rostros me resultan familiares: gente que ha ido a vacacionar al Fraudin, como yo. Se los ve en los gestos cansados, resignados, en las ojeras y los leves asentimientos que hacen al verme. Nos conocemos. Somos camaradas de espera.

No quiero que el lector se haga una idea errada. El Fraudin es un lugar hermoso, como ninguno. Al sur, bordeando la sacra cordillera, helado en invierno y cálido en verano, con sus ríos y lagos haciendo de carnada perfecta para quienes buscan vacacionar, el viento fuerte en la ruta y calmo en el centro, cientos de hoteles y casuchas alquiladas en los que la gente va a relajarse y distanciarse un poco del bochinche de sus provincias, de la impiedad del norte.

Tengo fotos, miles ya. Guardo un par en la mochila, pero la mayoría siguen en la pequeña cabaña en la que decidí residir como prueba de mi desesperanza. Son buenas, o eso opinan mis amigos online. En casi todas salgo bien abrigado, la barba al ras que me deje para cubrirme del viento, la sonrisa cansina y los hermosos escenarios que componen la fauna y flora natural del Fraudin a mi espalda: montañas majestuosas, ríos helados, animales de la llanura pastando con calma.

Si, el Fraudin es hermoso.

-Su valija.

La voz del empleado de la aerolínea me distrae de mi contemplación. Lo miro desencajado, la boca media abierta y parezco despertar de nuevo. A mi espalda hay una fila, pero nadie me apura.

Todo es gris, gris y vacuo.

Dejo la pesada mochila donde la cinta automática se la lleva, para unirla junto con los demás equipajes. El empleado se ajusta los lentes y revisa apenas mi documento, con un gesto robótico. Es un jovencito muy delgado y formal, un ejemplo perfecto de lo que se solía considerar *nerd* hacia diez años. Debe ser nuevo. No recuerdo haberlo visto antes.

Me fuerza una sonrisa poco convincente.

-Hecho. Pase por la puerta…

-La dos- lo interrumpo, y me voy antes de que agregue más.

Es muy lindo, el Fraudin. Se los juro. La primera vez que vine, por ejemplo, tuve la oportunidad de comer el dulce de la zona gratis, invitado por la casa de regalos en la que busque algo para obsequiar a mi familia. Me enamore en ese instante, y decidí quedarme una semana más. La gente parece distante eso sí, distraída con algo pero juntos hacen que el pueblo progrese. Muy lindo todo.

En la parte del chequeo el guardia, Fernández, me saluda sereno.

-¿Se vuelve a su casa?

Le digo que si, mientras vacio los bolsillos. Llaves, celular, cargador del celular, un par de golosinas de menta, un par de monedas para el cambio. Lo meten todo en la bandeja y lo pasan por la maquina, mientras Fernández habla y yo no lo escucho.

-Buena suerte- me dice al final, cuando yo ya me estoy perdiendo por las escaleras. La frase me suena como un eco inevitable, irreversible. Los pies me pesan cada vez más. El sonido del traqueteo de las maletas sigue en mi mente, aun cuando la mía ya no me acompaña.

Arriba todo es muy prolijo. Hay un bar, elegante y caro, asientos mas acolchados y las multitudes que esperan, fumando, perdidos en las pantallas de sus celulares o leyendo novelas de bolsillo. Tengo hambre, así que me encamino al bar a pedir un café.

*“El vuelo 1032 con destino a la Ciudad de Buenos Aires estará arribando en media hora. Les pedimos que esperen en línea frente a la Puerta Cuatro.”*

La boca del estomago se me cierra. Mejor no. No voy a poder tragar nada. Giro en donde vine y busco un asiento que dé contra las paredes trasparentes, el vidrio apenas polarizado por el que se puede ver el cielo nocturno del Fraudin, estrellado como pocos. No hay smog, porque de por si no hay mucha industria en el pueblo. Cosas artesanales se venden, si, pero no vas a encontrarte una fábrica de Coca-Cola ni nada por el estilo. Es todo casero, natural.

En mi segunda semana recuerdo haber ido a una excursión, en búsqueda de la misteriosa fauna que transita por los recovecos más ocultos del hábitat. Una estafa, pero bien que la disfrute. Los guías fueron muy simpáticos y me deleite especialmente viendo a las abejas que merodeaban: fofas, peludas, atentas en lo suyo. Trabajando incesantemente sobre las cinerarias, quien sabe que néctar sacaban de allí, o si danzaban o si tenían algún propósito. Si hacían algo.

El tono suena de nuevo, y mi corazón se agria. Despierto de nuevo y veo los rostros de la gente con la expectación amarga que ya conocí mil veces, apretando los labios y viendo las pantallas que marcan los vuelos, esperando ver un número, un digito cambiar y adelantarse una hora, dos horas, un día.

Cierro los ojos. Inspiro.

Ninguna voz sigue al tono.

Pienso en otros momentos. Fueron unas muy lindas vacaciones. La excursión en la que descubrí las gordas abejas fue un ejemplo, nomas, porque excursiones en el Fraudin sobran. El espacio que abarca la zona habitable debe ser un diez por ciento del total: por decir, para llegar a la terminal, uno tiene que hacer un viaje de casi una hora en taxi. Y todo ese vacío que rodea al pueblo, vacio cruzado por ríos fríos, por pendientes y llanura tiene su atractivo turístico que la gente supo explotar. Exploraciones, viajes guiados, visitas a mundos naturales prácticamente intocados por la mano del hombre.

Alrededor de quinientos kilómetros de nada, hasta llegar al próximo pueblo, uno cuyo nombre desconozco y que sospecho se asemeja mucho a este. Quinientos kilómetros de tierra árida, de montañas, de polvo y de noche. Miles, millones quizás, de pasos cansados y hambrientos.

Abro los ojos. La gente sigue esperando, tensa. Es como una premonición, porque sé lo que viene ahora.

*“Lamentamos tener que informar la cancelación del vuelo 1032 con destino a la Ciudad de Buenos Aires debido a un desperfecto técnico. Disculpen las molestias.”*

Ya en la primera palabra casi no escuchaba. Perdido de nuevo, sumido en mí mismo y en los recuerdos de estas vacaciones, en el vago recuerdo de mi hija que me esperaba en mi provincia para cuando terminara esa semana que había planeado quedarme de más.

No sé qué gesto tengo. Los que ya nos conocemos simplemente nos vamos por donde vinimos, caminando cabizbajos, serenos. Los nuevos exclaman y gritan, se juntan, opinan, debaten, discuten en el fervor que también supe tener en su momento. Ya aprenderán.

Bajo las escaleras. Ignoro el saludo lastimoso de Fernández. Me acerco al check-in perdido entre el mar de gente que ahora hace estragos la recepción, que arroja las cintas separadoras, insulta, grita, que arma un jaleo incesante. Me abro paso con fuerza, dejado y encuentro de nuevo al jovencito de las gafas.

-Mi valija- pido.

Un hombre me empuja sin darse cuenta. Insulta al empleado, que sin dar abasto con los reclamos apenas acierta a hacer una seña al costado, donde todo el equipaje del viaje cancelado aguarda.

Allí tomo mis cosas, como tantos otros. El sonido de las rueditas vuelve, mientras camino. Es tarde, ya muy de noche. No hay más que hacer.

El taxista es un hombre amigable, que apenas me ve me hace una seña y abre el baúl para ayudarme a cargar las cosas. Entre los dos subimos la valija y al final me siento atrás, mirando la ventanilla, la estación que se empieza a alejar. No es necesario dar direcciones.

-¿Se cancelo el vuelo, maestro?- me pregunta, examinando mi rostro lánguido por el espejo sobre sus ojos.

No lo miro, pero asiento. Veo la gente haciendo quejas allí adentro, la estructura pálida del aeropuerto perdiéndose una vez más con la distancia tomada, el frio de la noche. Me doy cuenta que tengo sueño. La cabaña en la que vivo, con su calefacción y cama, me llaman más que nunca.

Pienso en eso, sumido en una comodidad que adormece. Pienso en el Fraudin, esperándome, en el nuevo día en la fábrica artesanal con la que pago mi estadía, produciendo para el pueblo. Pienso en mi familia. Pienso en las abejas, incesantes siempre, sobrevolando las cinerarias sin hacer nada, sin poder salirse.

-Turista- me reconoce el taxista, sonriendo curioso- ¿Hace cuanto que vino?

Mi mente para.

Me recuesto en el asiento, aun enfocado en la ventanilla. Las estrellas se reflejan de cabeza por el vidrio, despegándose como gotas de lluvia, incapaces de sostenerse. Que cansancio. La cara de mi hija se difumina como el cielo, dejando una sonrisa ajena, ya casi olvidada.

-Diez años- le digo.- Hoy se cumplen diez años.

El taxista sonríe, comprensivo. No añade nada más, y en cualquier caso no es necesario. El próximo avión parte en una semana.

-David Keyser